

engañó y con las tropas que mandaba se unió á los revolucionarios y tuvo Puebla que sucumbir.

Los intereses que medraban á la sombra de la tiranía no quisieron darse por vencidos al ser derrocada, y la rebelion turbó la paz pública y frustró las esperanzas del pueblo. Por todas partes eclesiásticos ignorantes y perversos sublevaban las masas invocando el augusto nombre de la religion, que nadie atacaba, si no eran los que la profanaban usándola como agente de discordia. En Puebla se predicaba contra el destierro del obispo que se daba por hecho y en Zacapoaxtla y Zapotitlan se aseguraba que la Iglesia habia tocado entredicho; en Veracruz un fraile carmelita era sorprendido en el acto de seducir á la tropa; desde el púlpito partian los rayos que iban á incendiar la sociedad, y la mayor parte de las mexicanas, entusiastas, colocó en sus pechos las cruces que manifestaban su adhesion á la religion y fueros, palabras que significaban la restauracion de los principios conservadores. La palabra religion veíase en los sombreros de muchos asesinos y ladrones, y peor que esto, salia á menudo de los labios de aquellos hombres que mayores males habian hecho á sus semejantes y que no tenian ni el valor de presentarse sin la máscara del hipócrita. Los cargos contra los eclesiásticos y los militares no pueden atenuarse, ni aun si se reflexiona que la abolicion del fuero eclesiástico hacia creer que el gobierno no se detendria en materia de reformas religiosas y que poco tardaria en abordar la cuestion de los bienes de manos muertas, sobre los que tanto discutia la prensa; los militares, disgustados con los violentos ataques de ciertos partidarios de la revolucion, á cuya cabeza estaba el Sr. Vidaurri y resentidos de las injurias que se les prodigaban, llamándolos verdugos del pueblo, creian defender con la revolucion sus intereses y sus nombres. Atendiendo á estas consideraciones se procuraba disculpar á aquellas dos clases amenazadas, y se consideraba natural que temieran mucho y se aprestaran á la defensa, no obstante que al clero le estaban vedados los medios de que usó, si habia de atender á las palabras del Salvador sobre que su reino no era de este mundo, y los militares debian obedecer á los gobiernos establecidos.

Cualquiera que hubiera reflexionado desapasionadamente, habria predicho por parte de quién estaria el triunfo, si por la reaccion capitaneada por individuos que creian que matando al hombre moria la idea, y que consideraban la fuerza brutal como único fundamento de la autoridad, ó por sus contrarios. Los reaccionarios veian perderse sus intereses y que las nuevas ideas ponian un límite á sus desmanes, y entonces, no encontrando otra bandera más popular á cuya sombra se salvaran, protestaron defender la religion que nadie atacaba y los derechos del ejército que precisamente al triunfar la revolucion de Ayutla encontró no solamente perdon, sino la mano amiga y protectora de Comonfort. Los reaccionarios carecian de una cabeza á la que respetaran y entre ellos imperó la division; unos invocaban el sistema federal y otros querian el restablecimiento de las famosas Siete Leyes, de que nadie habia vuelto á acordarse. El fanatismo religioso, el despotismo, la leva, los ataques á la propiedad, el aumento de las contribuciones, el silencio de la prensa y la falta de leyes fundamentales, hé aquí lo único que la sociedad esperaba del triunfo de la reaccion. El estado del país hacia presentir que la reunion del Congreso no podria tener efecto, pues á la desorganizacion política habia que añadir la falta de tiempo, no contando más que con dos meses para ello, y en tal evento ¿qué seria de México? Los motines acaudillados por Güitlan, Osollos y algunos curas, presentaban un carácter tan disgustante, que suscitaban contra ellos el

odio de muchas clases de la sociedad, y el gobierno, que era la expresion de la opinion pública, creyó fácil vencer á los reaccionarios apoyado por el pueblo y con el auxilio de Dios.

Descaradamente conspiraban los reaccionarios prominentes, y teniendo noticia el Sr. Comonfort de que lo hacian los Sres. Haro y Tamariz, Pacheco y Zires, les hizo salir de la capital con destino al exterior; varios gefes y oficiales recibieron orden de marchar á diversos puntos del país, á causa de ciertos documentos encontrados en casa del Sr. Haro, uno de los cuales, anónimo, proclamaba emperador á D. Agustin Iturbide, el mayor, y en caso de que no aceptara el mismo Sr. Haro habia de ocupar su lugar, la nacion se denominaria «Imperio de Anáhuac,» y no admitiria más religion que la apostólica, católica, romana. D. Antonio Haro y Tamariz, ya bastante conocido por sus trabajos revolucionarios, vivia, al parecer, retirado de la política; pero atizaba la revolucion no obstante que de Comonfort habia recibido las mayores consideraciones y pruebas de estimacion y afecto: habiale pedido consejo sobre asuntos graves de Estado, porque Haro tenia indisputable capacidad, cuando no le cegaba la ambicion, y hasta le habia ofrecido una legacion en Europa, empleo que rehusó; el gobierno tenia datos para probar á Haro que conspiraba, pero disimulaba procurando no empujar á este individuo á las vías de hecho del rebelde; en nombre de la amistad y de la Patria le suplicó Comonfort, en una conferencia, que se abstuviera de fomentar disturbios que tan solo traerian males á la Nacion; Haro quiso dar á sus respuestas un tono de ligereza que no venia bien con la gravedad del asunto, y habiendo llegado al gobierno nuevos datos, dió la orden de prision contra Haro y le envió á Veracruz; mas como no se tomaran las precauciones que eran necesarias con un sugeto de la categoría de Haro, se fugó en un punto llamado Salsipuedes, poniéndose de acuerdo con el cochero, quien azotó á los caballos cuando los que custodiaban al preso acababan de entrar en la diligencia, y ántes de que Haro montara. De allí pasó á reunirse con los sublevados de Zacapoaxtla por quienes fué reconocido gefe.

Tambien en Tlacotalpam mandó el cura cerrar la iglesia; en Chihuahua hubo un motín á consecuencia de la famosa ley de fueros ya publicada por toda la República, no obstante la alarma en que el clero tenia al país, faltando á su mision evangélica que le ordena someterse á las potestades de la tierra en materia de intereses; segun las ardientes exhortaciones de los eclesiásticos parecia que los principios liberales se oponian al Cristianismo y que el sistema republicano reñia con la justicia y el orden. Por desgracia, en aquella época, varios religiosos no solamente sirvieron de emisarios á los descontentos y abusaron del púlpito en los templos más concurridos para excitar á la desobediencia, sino que provocaron la sedicion en los mismos cuarteles y prorrumpian públicamente en exclamaciones contra las leyes del país sin que los obispos se dieran por apercebidos de ello. Los curas procuraban que disminuyera el número de suscritores á los periódicos liberales, representaban como herejes á los gobernantes y á todos los que tenian ideas progresistas, pero el más terrible de todos los cargos contra el clero es el relativo á la inversion que hacia de los bienes de la Iglesia, empleándolos en pagar las fuerzas reaccionarias, distrayéndolos de los fines piadosos á que estaban dedicados, para dilapidarlos y causar muertes, robos y todo género de calamidades. En Morelia se sublevó en la mañana del 11 de Enero (1856) el batallon de Matamoros, y al grito de mueran los impíos y viva Uruga, fueron desarmados los escuadrones de Huerta y Puebla y los gendarmes. Pero el suceso que más animó á la reaccion y la puso á punto

de triunfar fué la defección del coronel Castillo en el pueblo de San Juan de los Llanos, dando ese jefe un ejemplo notable de inmoralidad y de la más negra ingratitud, olvidando que al confiarle Comonfort las tropas había apelado á la hidalguía y á la lealtad del caballero que jamás había defecionado. La idea que tenia Castillo del pundonor militar le lanzó por la vía del error: creia que el gobierno no debió haber mandado al «ejército» para que se batiera con el «ejército», y fundándose en que le faltaban recursos, se adhirió á la revolucion; despues de la fórmula de tratar en una Junta lo que debia hacerse, envió á Zacapoaxtla una comision para que se arreglara con D. Antonio Haro y Tamariz á quien proclamó presidente, y todos los gefes de la brigada se adhirieron á la revolucion, ménos el coronel Arteaga y el teniente coronel Flores.

Haro pidió el restablecimiento de las Bases Orgánicas de 1843, y mientras se reunia el Congreso por ellas llamado habia de gobernar un Presidente nombrado por el jefe del movimiento y ampliamente facultado; las Bases serian reformadas por el Congreso. Los caudillos Haro, Güitlan y Castillo circularon el Plan por medio de cartas que los tres firmaron. La defección de Castillo fué considerada en cierta manera como un bien, puesto que colocaba á los hombres en su verdadero puesto, y el partido gobiernista conoció cuán mal habia procedido empleando la lenidad y procurando atraerse por la conciliación á individuos que no querian más que dominar y oprimir al país, que entonces dió una prueba plena de que amaba la libertad. Los sucesos de la Sierra de Puebla dieron nuevo aliento á los pronunciados en otros Estados: los de S. Luis Potosí, á cuyo frente estaba el coronel Calvo, avanzaron hasta las puertas de la capital; en Querétaro desertó todo un batallon para unirse á los pronunciados de la Sierra; una parte del 4º ligero se sublevó en la villa del Valle: llamando á la Presidencia el cabecilla Jesus Carmona al general más antiguo, proclamaba Religion y fueros, la restauración del ejército y convocaba un Congreso electo por clases; aumentaban los sublevados que aparecieron por Jalisco, y continuaban en las sierras cercanas á Tepic los que acaudillaba Lozada; en Texcoco se levantaron varios militares cuyos pechos veíanse adornados con cruces; á Zimapan entraban los pronunciados lo mismo que á Alfajayucan é Ixmiquilpan, y para combatirlos revistió el Consejo de gobierno del Estado de México al gobernador Plutarco Gonzalez, con facultades extraordinarias; tambien el distrito de Zongolica se vió devastado por los reaccionarios. Los generales Andrade entraron al Real del Monte é impusieron un préstamo de diez mil pesos.

Aproximándose á Puebla las fuerzas de Haro, atacáronla incontinenti pero fué defendida por la actividad del coronel Negrete y el valor del general Traconis. La falta de elementos, pues todos los habia sacado el jefe Castillo, obligó al comandante general Traconis y al gobernador Ibarra á entrar en pláticas con los sublevados, consiguiendo las fuerzas de la plaza salir con los honores de guerra y tres cañones. El abandono de esa ciudad fué indispensable, no pudiendo auxiliarla los refuerzos que de la capital y del Estado de Veracruz pasaron á protegerla; pero el gobierno de Comonfort tenia los elementos bastantes para recobrarla y el pueblo, en cuyos brazos se arrojó, manifestó que sus sentimientos eran contrarios á la reaccion; cinco mil soldados, llevando sus banderas benditas por el jefe de la Iglesia mexicana, en una fiesta que con el nombre de la Union tuvo lugar en el bosque de Chapultepec, al mando de los generales Villareal, Traconis, Zuloaga, Gayosso y Moreno, quedaron en observación de la ciudad donde estaban fortificados los reaccionarios. La posición de Comonfort no podia ser más difícil y angustiosa: los gefes en quienes ponía su confianza le vendian burlando su buena fé y no sabia

si podia confiar en el puñado de individuos que le quedaban del ejército, mientras que los reaccionarios aumentaban sus filas con amigos ya bien conocidos, y en pocos dias pasaban en Puebla de cuatro mil, organizados de una manera formidable; contábanse entre ellos los gefes más distinguidos del ejército, favorecidos por las clases poderosas de la sociedad y por la propaganda del clero que invitaba á los pueblos á impedir que prevaleciera el desenfreno demagógico; un peso considerable vinieron á añadir en la balanza de la revolucion todos los que en virtud de ella habian caido, y la bandera reaccionaria de Haro era tanto más temible, cuanto que en ella estaba puesta la palabra «Libertad» al lado de la palabra «Orden,» y no faltaron liberales de buena fé que, engañados, se manifestaran adictos á una causa que no tenia más objeto que la defensa de los intereses del clero y del ejército.

Comonfort resolvió destruir tantos elementos poderosísimos acumulados en Puebla, y su decision no fué efecto de un ciego capricho sino del conocimiento que tuvo de que la voluntad del pueblo estaba de su parte. Visitaba continuamente los cuarteles de la guardia nacional, buscaba recursos, y á la par que sus ministros, desplegó prodigiosa actividad para cortar unos males y prevenir otros; hizo ceñir la capital por buenas fortificaciones, organizó violentamente tropas y ántes de un mes tenia listos diez y seis mil soldados con los que ya pudo vencer á sus contrarios; sin embargo, no abandonó los medios de magnanimidad: tendió á atraerse á los que sospechaba no eran enemigos de corazón del sistema liberal, é hizo de manera que cada uno quedara en aptitud de seguir el camino que le pareciese, al disponer que salieran de la capital los gefes y oficiales del depósito para que residieran en cuatro puntos que señaló, y que se les diera una tercera parte de la paga mensual; esos gefes y oficiales se fueron á Puebla y formaron un batallon que se llamó «La legion sagrada.» Tambien Haro dictaba en Puebla las disposiciones que creia eficaces para el triunfo de su causa y era secundado por nuevos gefes que se pronunciaban; activamente aumentaban los sublevados sus fuerzas, mejoraban las obras de defensa y creian seguro el triunfo acostumbrados como estaban, los individuos del ejército permanente, á ver con desprecio las guardias nacionales, no obstante que tenian recientes pruebas de lo que valian. Repartíanse entre los reaccionarios, en la ciudad levítica, cruces de palma forradas de raso entre los oficiales y de franela entre los soldados, teniendo todos alguna estampilla ó reliquia y una medalla de cobre; un suceso vino, entretanto, á serles contrario y á vigorizar las esperanzas del gobierno: la ocupación de Toliman, cuartel general de las fuerzas de Uragua, por el general Ghilardi en 25 de Enero, (1856) despues de haberlos derrotado dos veces y tomado muchos prisioneros y pertrechos de guerra, suceso que hizo terminar la revolucion de la Sierra-Gorda y permitió al gobierno concentrar su atención en las dificultades que tan de cerca le rodeaban.

Un periódico que aparecia en Puebla, titulado: «La Libertad y el Orden,» llenaba sus columnas de noticias falsas y sostenia que el gobierno era enemigo de la religion; en el mismo sentido apareció poco despues otro llamado la «Regeneracion.» Enseñoreados los reaccionarios de la segunda ciudad de la República y lisonjeando grandes intereses, consideraron que Comonfort no podia salvar tan crítica situación; pero el caudillo de la revolucion, conociendo las aspiraciones del pueblo, vió tranquilo la tempestad y se preparó á luchar. En todo el mes de Febrero concentró en la capital las tropas que estaban en diversos puntos, pudiendo disponer de las que hicieron la campaña en la Sierra-Gorda, y llamó otras fuerzas de Guadalajara, Guanajuato, Oaxaca y Tamauli-

pas. A pesar de que la política y la guerra absorbían la atención de Comonfort, no olvidó dictar disposiciones que merecen elogios por su utilidad en favor del país: habilitó para el comercio extranjero los puertos de la Ventosa, Goatzacoalcos y el de la Paz en la Baja-California; concedió á los extranjeros que pudieran adquirir bienes raíces, mediante ciertas condiciones; declaró libre el cultivo y expendio del tabaco; estableció una Junta de caminos de hierro, el previo franqueo; concedió permiso para levantar una nueva población en un lugar de Yucatan llamado el «Progreso;» cuidó del arreglo de la deuda pública; concedió privilegio para la navegación del río Mescala y consideró tan necesaria la reunión del Congreso, que la activó de manera que el 14 de Febrero ya celebraron los diputados la primera Junta preparatoria en la que fué nombrado presidente el Sr. D. Ponciano Arriaga y secretarios D. Isidoro Olvera y D. Francisco Zarco. Tuvo que luchar también con ciertos actos de los adictos á la causa liberal, como el conflicto que suscitaron las órdenes de D. Santos Degollado, gobernador nombrado por él en Jalisco, sobre destierro de los Sres. Forbes y Barron, y ejerció un acto de moralidad dando de baja á todos los militares que estaban á las órdenes de Haro y Tamariz.

Otro motin que pudo ser de graves consecuencias estalló en Ulúa el 12 de Febrero, acaudillándolo un individuo apellidado Salcedo; proclamó el Plan de Zacapoaxtla y fueron presos el comandante de la fortaleza y los gefes y oficiales que no quisieron secundar el movimiento, lo cual alarmó mucho á Veracruz; mas quedando aislados los sublevados y sin contar con elementos, pues los pronunciados de Puebla no supieron sacar provecho de aquel suceso, un sargento de la misma fuerza de Ulúa promovió una contrarrevolucion despues de nueve días, y así concluyó el motin, siendo sentenciados seis de los cabecillas á la última pena, y otros tres á diez años de presidio; el Sr. Comonfort indultó de la pena de muerte á los primeros. La apertura de las sesiones del Congreso, el 18 de Febrero, 1856, tuvo lugar en esas tristes circunstancias; pronunciaron discursos los presidentes de la República y del Congreso, y las primeras sesiones tuvieron poco interes hasta la del 21, en que una mayoría considerable aprobó un dictámen declarando vigente el decreto que dió el general Alvarez el 8 de Diciembre por el cual entró Comonfort á la Presidencia; además, fué dado al Presidente un voto de confianza que le dejó expedito y seguro en la administracion, contando con el apoyo de la Representacion Nacional, y colocado al frente del partido liberal y progresista cuyo aprecio se captó completamente, por haber resuelto hacer frente á la reaccion que en Puebla parecia invencible. El Sr. D. Luis de la Rosa, en un convite que dió en su casa á setenta diputados que opinaban por la «Union Republicana,» logró que fuera consolidada la existencia del Ejecutivo y robustecido su prestigio, apoyándole con entusiasmo los Sres. D. Vicente Riva Palacio, D. Joaquin Degollado y D. Mariano Yañez.

Ya inauguradas las sesiones del Congreso, objeto de tantos sacrificios sufridos por espacio de tres años, era necesario mucho tacto para que no se convirtiera en mal lo que tan solo debia ser para bien de la Nacion: era forzoso evitar la pugna entre los dos Poderes Ejecutivo y Legislativo. Como las elecciones se habian hecho en medio de los rencorosos gritos de la reaccion que se abstuvo ó no pudo votar, casi todos los diputados pertenecian al partido exaltado por las ideas progresistas; no obstante esta circunstancia apénas fué desechada por la diferencia de un voto, la proposicion del Sr. D. Marcelino Castañeda que pidió fuera declarada vigente la Constitucion de 1824, habiendo cuarenta votos por la negativa y treinta y nueve por la afirmativa. Una comision fué

nombrada para la revision de los actos del Ejecutivo, encargo difícil que hizo perder mucho tiempo y ocasionó sucesos desagradables. El Sr. Ocampo presidia la comision para formar el Código. Por supuesto la prensa conservadora comenzó sus infinitos augurios, fundando sus pronósticos en que allí no estaba representado el partido conservador, aseguraba que el Constituyente no correspondia á las esperanzas de la Nacion, porque le componian una turba de demagogos, cuyas tendencias no eran otras que enardecer los ánimos, complicar la situacion y poner obstáculos al gobierno. El proyecto de los reaccionarios era introducir la discordia entre los Poderes de la Nacion, por eso el Sr. Comonfort procuró estar de acuerdo con la mayoría del Congreso, y por lo pronto no tuvieron efecto aquellos manejos.

Los pueblos comenzaron á enviar peticiones al Congreso para que adoptara las ideas progresistas, y temiendo los Estados que triunfara la reaccion se trató entre los del interior de formar una coalicion, promovida por D. Santos Degollado, entrando en ella Jalisco, Zacatecas, Nuevo-Leon, San Luis, Chihuahua, Durango, Sonora y Sinaloa, proyecto que fué abandonado al ser vencidos los reaccionarios en Puebla, cuya campaña quiso Comonfort hacer personalmente: envió escalonadas las brigadas Zuloaga y Tracónis, Ghilardi, Parrodi, Echeagaray, Trias y Portilla, y á varios cuerpos auxiliares que hicieron subir á once mil quinientos el número de soldados reunidos en el cuartel general de Ayotla el 24 de Febrero, llevando numerosa y buena artillería que faltaba á los pronunciados, parque y municiones para un sitio de dos meses, y dejó en la capital cuatro mil guardias nacionales, sosteniendo todas las fuerzas con recursos extraordinarios. Comonfort salió de la capital el 29 de Febrero al medio día, entró á San Martin el 1º de Marzo é hizo levantar allí fortificaciones que le habian de servir de base para las operaciones futuras; examinó por sí mismo el terreno para señalar al ejército las posiciones en la marcha, considerando que la caballería enemiga era superior á la suya.

Seguian bien los preparativos para la campaña, cuando vino á complicar la situacion un decreto de Vidaurri, para que Nuevo-Leon y Coahuila formaran un solo Estado, dando por razon que así podrian resistir mejor las incursiones de los bárbaros y de los tejanos, y suponía que dicha union habia sido reconocida por Comonfort en el hecho de no entenderse más que con una persona como gobernador de aquellas dos entidades políticas. Vidaurri resolvía sin facultades un cuestion que afectaba muy delicados intereses y que debió haber reservado para el Congreso. La importancia de este suceso perdió su interes ante el inmenso que presentaba la campaña de Puebla, cuyos sucesos, aun los más insignificantes, tenian en ansiedad á todos los partidos. Estando la fuerza moral de parte del gobierno, era seguro el triunfo de la libertad: de todas partes le fueron enviados al gobierno recursos y gente, trabajando en vano los agentes reaccionarios para impedirlo. La pronta ocupacion de Puebla era urgente porque cada día crecian la ruina del comercio, la parálisis de los negocios administrativos y el gravámen que soportaba el erario; las comunicaciones con Veracruz estaban cortadas y la falta de seguridad en todos los ramos administrativos hacia más dura la situacion. Comonfort recorrió el territorio de Tlaxcala, el 5 de Marzo pasó revista á las tropas en San Martin y avanzó hasta situar su cuartel general en Río Prieto; los reaccionarios retiraron sus avanzadas á Puebla donde continuaban los frecuentes novenarios y los triduos á las imágenes de más nombradía, aprovechando esas fiestas los clérigos y los frailes para extender su propaganda; los sublevados subsistian con recursos del clero, que agotados fueron sustituidos por los préstamos impuestos á los comerciantes.